

UNA ODISEA BALCÁNICA
TRAS LOS PASOS DE *LA MIRADA DE ULISES*

CÉSAR CAMPOY



© César Campoy
© de esta edición: Báltica Editorial, 2024
© fotos de la cubierta y del interior del libro: César Campoy

Maquetación y diseño: Prema Served
Impresión: Estugraf Impresores S.L.
Pol. Ind. Los Huertecillos, C/Pino nº 5, 28350 Ciempozuelos, Madrid

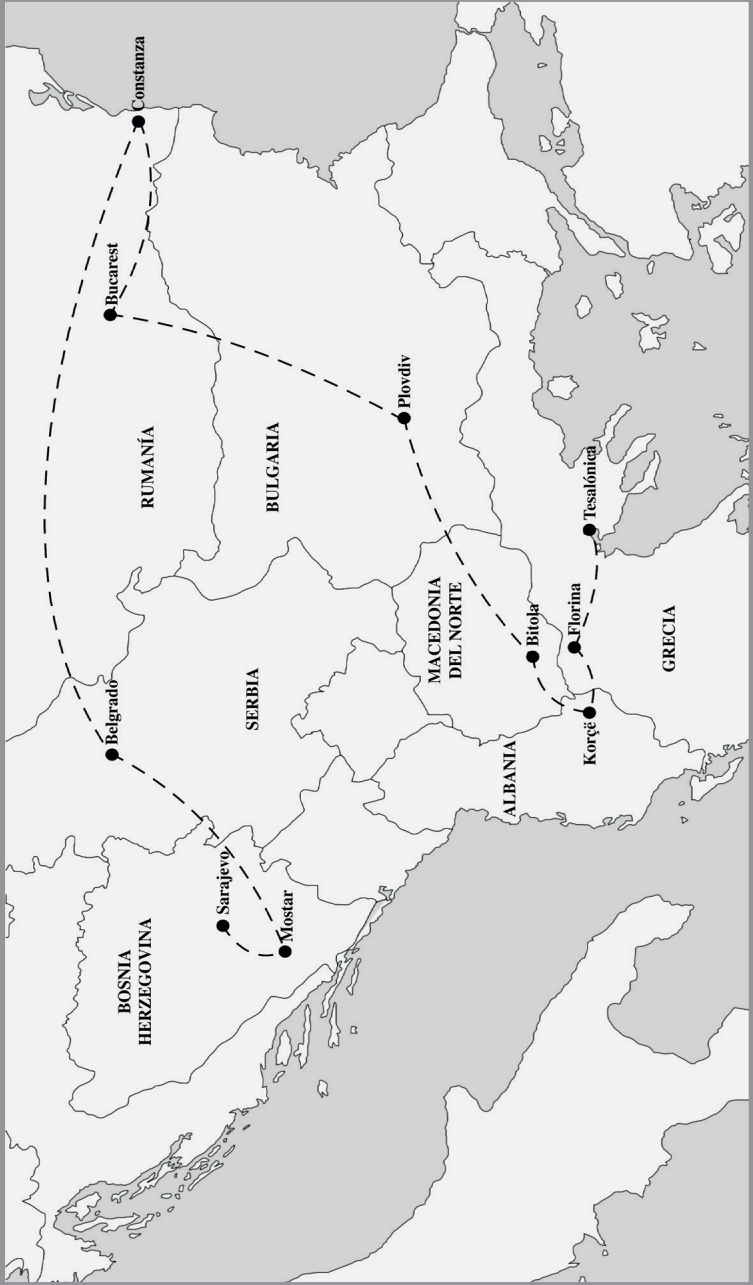
ISBN: 978-84-127830-4-9
DL: M-8214-2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopias o escanear algún fragmento de esta obra.

A Bea, ti si lijepa, mlada i pametna.
A Marcela, Miguel y Juan. A Rosseta y los Nins.
A las buenas gentes que me rodean... aquí y allí.

ÍNDICE

Valencia	11
Tesalónica	18
Florina	32
Korçë	46
Bitola	68
Plovdiv	86
Constanza	96
Belgrado	108
Sarajevo	128
Bibliografía recomendada	169



Valencia

Un cuarto de siglo llevaba meciéndose, risueño, aquel proyecto en el cajón. Cada cierto tiempo, una fina rendija de luz penetraba en ese mágico cubículo, deslumbrando aquella fina hoja de papel que, con los años, iba perdiendo un albo lustroso que palidecía lánguido. Junto a ella, una minúscula entrada ejercía de perenne y mágico motivador: *Cines Babel. Sala 3. Sesión: 22:30. Fecha: 17-09-96*. Tan solo trece días después, otra diminuta compañera pasaría a formar parte de aquella ensoñadora colección: *Cines Babel. Underground*. Ambas permanecerían unidas el resto de la vida, sellando una suerte de camaradería, ajena a la lenta agonía de aquellas letras que, resignadas, se desvanecían sobre la celulosa.

Mientras se juraban eterna lealtad, posiblemente aquellos coquetos boletos ignoraban que, unos meses antes, los filmes que lucían orgullosos habían entablado feroz batalla a orillas del Mediterráneo. «Había preparado un discurso para la Palma de Oro. No era necesario que estuviera aquí para esto; mi productor podía haber recogido este premio». Aquellas palabras de Theo Angelopoulos tras recibir el Gran Premio del Jurado en Cannes indignaron a propios y extraños. Había volcado toda su sabiduría y energía en armar una de las mayores obras de arte que la cultura contemporánea ha visto nacer: *La mirada de Ulises*. Pero *Underground*, aquel efectista carnaval

balcánico del desgarbado e insolente Emir Kusturica, había encandilado al jurado. Y lo haría, en los próximos meses, a medio planeta que, en nada, acabaría danzando, extasiado, al son de las fanfarrias recurrentes y machaconas de Goran Bregović. Herido, e ignorando que, tres años más tarde, se alzaría con el máximo galardón del certamen con *La eternidad y un día*, el realizador griego comenzó a repartir sopapos a diestro y siniestro, cargando contra el festival y calificando *Underground* de «serie de televisión comercial» y «superproducción en la que se canta y baila, pero que no invita a la reflexión».

Tanto *La mirada de Ulises* como *Underground* venían a culminar un triángulo perfecto, cuyo primer vértice había maravillado al mundo un año antes, cuando *Before the rain*, aquella ópera prima de un joven genio macedonio llamado Milcho Manchevski había recibido en Venecia el abrazo generoso del león. Mientras Yugoslavia se desangraba, tres creadores balcánicos habían hallado en tamaña herida de la historia magna inspiración. El siglo XX se cerraba entre plañidos y excelsas demostraciones culturales.

Una sanadora aleación de congoja y éxtasis adrenalínico discurría por mi cuerpo y mente cuando abandoné, medio atontado, aquella acogedora sala, convertida durante muchos años en familiar brezo y ungüento reparador. La textura de las butacas de los cines Babel y Albatros; el olor de aquella terapéutica y tenue *Shangri-La* enmoquetada, cumplieron a la perfección, durante las primeras décadas de mi vida, su función de factoría de sueños, de ventana a realidades y horizontes increíbles y mundanos, sobrios e inquietantes. Aquella noche, tras cruzar

aquellas puertas, el gradual proceso de retorno a la monotonía no fue el habitual. Angustiado, trataba de memorizar los lugares mágicos que Harvey Keitel había recorrido en aquella odisea de fin de siglo. Los senderos, puentes, ruinas y ríos por los que A., el personaje que interpretaba, había planeado en aquel viaje a los orígenes: Homero, Joyce, los hermanos Manaki... y, sempiternos, los Balcanes, mis Balcanes. Un día, contemplando aquel cartel de *Uno de los nuestros* que lucía, orgulloso, en la pared azul celeste de mi habitación, salpicada del acné del gotelé, me surgió la inspiración. A partir de ese momento, cuando alguien (serían muchos) me preguntara sobre mi pasión por la región, ya no tendría que andar dando rodeos. Había dado con la respuesta perfecta: «As far I can remember, I always wanted to be yugoslavian».

Sí, desde pequeño. Adoraba todo aquello que sonara u olier a balcánico. Yugoslavia. Qué palabra tan bonita. Cada vez que la escuchaba, sin saber por qué razón, un escalofrío recorría, con parsimonia, mi columna. Devoraba cualquier artículo, noticia, comentario que incluyera «Yugoslavia» en su enunciado o desarrollo. Me maravillaba la figura de Tito. Aquel hombre que siempre pareció tener pinta de pensionista bonachón; vistiera elegante traje a medida, o resplandeciente y lustroso uniforme de mariscal. «Todo apunta a que su pueblo le quería mucho; tal vez demasiado», pensaba yo al ver aquellas marciales y coloristas celebraciones en su honor cada 25 de mayo. Las imágenes mostraban a sufridos ciudadanos ejercitando movimientos sincronizados a partir de los cuales formaban gigantescos mosaicos y vistosas formas. Los niños acudían, prestos, a besarle. ¿Cuántos besos repartió Tito por

toda Yugoslavia? ¿Cómo no sentirse atraído por un tipo que fue capaz de plantar cara a los dirigentes de ambos lados del telón de acero? ¿Que igual glosaba los parabienes del socialismo autogestionario, que compartía, bajo el sol adriático, puros y bebidas espirituosas con Richard Burton y Elizabeth Taylor? ¿Cómo no caer rendido ante aquella asombrosa mezcla de culturas, religiones, climas, maneras de entender la vida, sonidos...? ¡Y qué sonidos! ¿Cómo era posible que aquel país de 23 millones de habitantes fuera capaz de brindar acordes y bailes tan variados? ¿Y sus artes? ¿Por qué sus directores ideaban películas tan asombrosas como desconcertantes? ¿Por qué sus escritores imaginaban y recordaban estampas y universos tan increíbles y sobrecogedores? La cuestión no era: «¿Por qué te sientes atraído por Yugoslavia?», sino: «¿Por qué diablos no se siente el planeta entero obnubilado por ella?».

Aquella madrugada de bochornoso septiembre valenciano irrumpí abruptamente en mi cuarto. Busqué papel y bolígrafo y comencé a escribir: «Salónica, Skopie, Bucarest, Constanza, Plovdiv, Belgrado, Sarajevo...». Imposible recordar aquellos otros lugares en los que Keitel daba vida, en diferentes espacios y tiempos, a tantos personajes. Además, algunas de aquellas ciudades habían sido mencionadas con diferentes nombres, dependiendo del momento histórico en que transcurría la acción: ¿Tal vez, Monastir? ¿Tal vez Filipópolis? Albania también protagonizaba una de las secuencias más míticas de *La mirada de Ulises*, pero ¿cómo se llamaba aquella desangrada y ruinosa ciudad en la que aquella viejecita permanece, noqueada, en medio de una gran plaza en la que, nieve y nie-

bla se apiadan del espectador y tratan de tapar las vergüenzas de tan patético paraje?

A mediados de los noventa del siglo pasado, la democracia universal de las redes y la documentación fácil para ciudadanos curiosos y periodistas gandules no se concebía. ¿Cuánto tiempo tardaría en aparecer un artículo extenso, en una revista especializada, o un volumen subvencionado por una universidad, sobre aquella obra maestra visual? Seguro que no mucho. Su trascendencia para la historia del cine estaba asegurada. Tocaba esperar. Como tocaba esperar, sin apenas esperanzas, a que alguna distribuidora española se animara a editar una copia, en condiciones, de *La mirada de Ulises* para el mercado hispano.

La edición, en versión doblada y publicada en formato VHS aquel 1996, no me servía. Demasiados diálogos sin traducir, y demasiadas referencias geográficas que no guardaban fidelidad con el original. Poco tiempo después, a través de la pequeña pantalla, mi corazón palpitaba nervioso ante una versión original con subtítulos en castellano que, no obstante, seguía obviando algunos diálogos trascendentes como la del amago de fusilamiento. Las grafías de los nombres de los pueblos y ciudades recorridos tampoco se correspondían con los verdaderos. Mientras tanto, yo buceaba horas y horas entre mapas adquiridos en la sección de viajes de *París-Valencia*, y aquellos embrujadores atlas que llegaron a mis manos en plena EGB. Las horas transcurrían veloces mientras mis dedos recorrían, excitados, los Balcanes. De norte a sur, de este a oeste. En los años posteriores, ya con la connivencia de internet, comenzaron a encajar a la perfección las piezas de aquel